

COLABORACIONES



Enseñar a amar la lectura

por Manuel Alfonseca*

En opinión del autor, los métodos que, en general, se utilizan en las escuelas para fomentar la lectura no son los correctos. La obligación de leer los libros que manda el profesor, sin posibilidad de elegir otros, o la de hacer comentarios de texto después de la lectura, no son medidas que contribuyan a que los niños se apasionen por los libros.

AGUSTÍN, SILVIA Y MANUEL CEREZALES, EL REGRESO DE ULISES, MADRID: ANAYA, 1993.

30

CLIJ50

Por qué se lee tan poco? Apenas lo hacen los adultos: en todas las encuestas sobre la lectura aparece un porcentaje significativo de la población que no lee un libro al año. En cuanto a los jóvenes y los niños, leen, sí, pero porque no tienen más remedio: leen textos (generalmente áridos) y *literatura* señalada por los profesores, pero poco más. Y en cuanto llegan a adultos y tienen la oportunidad de hacerlo sin exponerse a un suspenso, huyen de la lectura como del diablo. Todo esto huele a fracaso educativo.

Primeros pasos

Parece que, en los colegios, donde se debería enseñar a los niños a amar la lectura, a menudo se les enseña a odiarla. Evidentemente, no es éste el objetivo, pero sí es, en muchos casos, el resultado. No cabe duda de que los métodos empleados no son correctos. Es necesario cambiarlos.

¿Qué conseguimos al leer un libro? Sin duda, pasar un rato agradable. A menudo, aprender algo que no sabíamos. Esto no se aplica sólo a los libros que intentan explícitamente enseñar. Leyendo una novela se puede aprender mucho sobre la naturaleza humana, la historia, las costumbres, la sociedad... Siempre que el autor tenga percepción suficiente para observar esas cosas y capacidad para describirlas de forma atractiva.

¿Es eso lo que el profesor espera que obtengan sus alumnos cuando les manda leer un libro determinado? Quizá, pero parece que sabe ocultarlo muy bien, porque lo único que detecta el alumno es la obligación de hacer un *comentario de texto*. Esto es un error. ¿Queremos enseñarles a leer o convertirlos en críticos literarios? El crítico lee los libros de una manera diferente. No lo hace por afición, sino por profesión (aunque podría afirmarse que no puede ser buen crítico quien no disfruta con los libros que critica). No todo el mundo vale para



MOLIÈRE / MERCÈ LLIMONA, EL MALALT IMAGINARI, BARCELONA: PROA, 1990.

crítico literario. Quizá menos del uno por ciento de la población. Y sin embargo, nos empeñamos en forzar a los niños a comportarse como si lo fueran. No es extraño que acaben odiando la lectura.

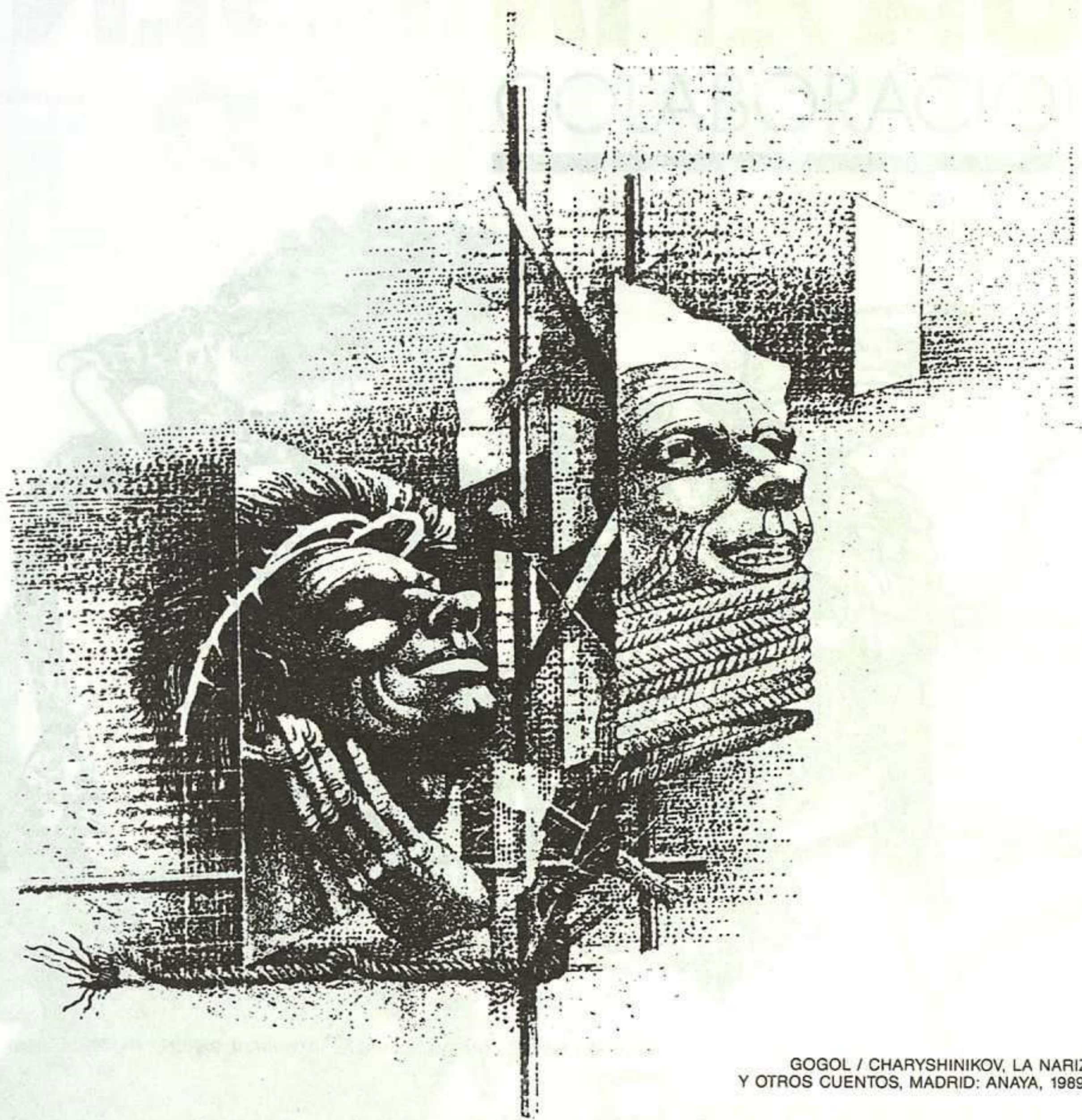
Esto no se aplica sólo a la lectura. Es increíble, pero cierto, que en muchos colegios se enseña a los alumnos, en octavo de EGB, nada menos que tres sistemas distintos de nomenclatura química: la *tradicional*, la de Stokes, y la de la International Union of Pure and Applied Chemistry (IUPAC). ¿Verdaderamente cree alguien que es necesario saber tres nombres diferentes de cada sustancia química para tener una cultura básica? Entonces, ¿para qué obligar a niños de 13 años a aprender todos esos nombres, que sólo interesan a un químico profesional? ¿Imaginan que alguien entrara en una droguería y pidiera un litro de *tetraoxosulfato-seis-de-hidrógeno* en vez de ácido sulfúrico?

Recuerdo que, cuando yo tenía diez años, un profesor de lengua nos leyó *La Venganza* de Emilio Salgari, aprovechando tiempos muertos de la clase. Se limitó a leerlo en voz alta, sin exigir comentario alguno. El silencio era absoluto, la atención perfecta.

Naturalmente, antes de terminar el curso, yo me había comprado la serie completa del Corsario Negro. Durante los recreos les conté uno de esos libros a mis compañeros, que formaban corro a mi alrededor. No sé si alguno más compró los libros, entonces o más tarde, pero era una forma perfecta de fomentar la afición a la lectura.

Derecho a escoger

Cuando un profesor manda leer un libro a sus alumnos, debería tener en cuenta tres cosas: que no se sientan agobiados (ya tienen suficientes deberes escolares), lo que quiere decir que el tiempo asignado para la lectura debe ser más que suficiente; que puedan elegir (de una lista lo más amplia posible); y que no tengan que leer el libro bajo la espada de Damocles del *comentario*. Lo único que el profesor debe esperar es que el alumno le diga si le ha gustado o no. Pero que no trate de investigar por qué. Aun ahora a veces me molesta que me pregunten los motivos por los que me ha gustado un libro, a no ser que sienta espontáneamente la necesidad de dar explicaciones, de convertirme en crítico aficionado.



GOGOL / CHARYSHNIKOV, LA NARIZ Y OTROS CUENTOS, MADRID: ANAYA, 1989.

Otro de los típicos errores en la enseñanza de la lectura es la cuidadosa gradación en el tipo de libros que se aconseja leer a los niños. Las mismas editoriales clasifican sus libros en función de la edad óptima. La idea es que los niños no deben intentar leer un libro para el que no estén preparados, según el criterio de un adulto, naturalmente. Por supuesto, todos los libros que no aparecen en las listas de literatura infantil y juvenil son *libros para adultos* y, como tales, difíciles de entender por un niño. Sin embargo, yo leí la *Ilíada* a los 8 años, me divertí enormemente y aprendí muchas cosas sobre mitología. Es cierto que, cuando llegué a los 14 y tuve que estudiarla en un libro de texto, me sorprendió descubrir que Aquiles era el protagonista y Héctor el antagonista, pues yo lo había interpretado al revés. Con esa desconfianza en uno mismo tan propia de la niñez, supuse que el error era únicamente mío. Muchos años más tarde sentí alivio al enterarme de que algunos de los grandes poetas del Renacimiento también habían entendido la *Ilíada* de la misma forma que yo.

Leer: un desafío

Para que la lectura se convierta en una actividad apasionante, hay que sacar de ella algo más que mera diversión: una enseñanza o un desafío. Me encantan los libros donde el autor no enseña todas sus cartas y deja al lector que las descubra razonando, con lo que su lectura se convierte en una partida de ajedrez entre los dos. Esto puede aplicarse a muchos géneros literarios, no sólo a las novelas policíacas. Un ejemplo clásico es *La Llave de Oro*, de George MacDonald, comúnmente clasificada como libro para niños, pero que encierra mucho más de lo que parece a primera vista.

Por eso creo que no es malo que los niños lean libros dirigidos a edades superiores a la suya o, incluso, algunos para adultos. *Hamlet*, por ejemplo, es razonablemente comprensible para un chico de 11 o 12 años. Naturalmente, no se les debe dar algo que no van a entender (como *Ulises*, de Joyce, o *El Proceso*, de Kafka) o que no les interesa en absoluto (como la mayor parte de la poesía contemporánea).

Lectura decimonónica

Sé perfectamente que esto que digo choca con las ideas establecidas. Muchos consejeros editoriales están convencidos de que el objetivo primordial de un libro para niños es divertir, y huyen como de la peste de todo lo que huelga a enseñanza, que califican de *decimonónico*, en sentido despectivo, naturalmente. Ante esta actitud, tengo que objetar tres cosas.

En primer lugar: ¿quién ha dicho que los libros para niños del siglo XIX sean malos o, simplemente, aburridos? Algunos de mis favoritos en este género literario son decimonónicos. Y no sólo me gustan a mí, a lo que parece, puesto que se siguen publicando y vendiendo, a veces más que los libros más recientes.

En segundo lugar: la fobia hacia los libros que enseñan quizá no sea otra cosa que una moda pasajera. No es la primera vez que ocurre. Hace veinte años, los cuentos de hadas se vieron sujetos a anatema por los teóricos y quedaron, pues, prácticamente proscritos de las colecciones editoriales. Hoy, sin embargo, han vuelto con más fuerza que nunca.

Finalmente, ¿no sería conveniente, para saber qué libros les gustan a los niños, que las editoriales preguntaran a los niños? ¿Por qué los lectores y los consejeros son siempre adultos? Esta sugerencia no es tan rara como pueda parecer a primera vista. Además, ya se ha hecho. George Unwin, de la editorial inglesa de su nombre, utilizaba a su hijo pequeño como lector de libros infantiles, allá por los años treinta. *El hobbit*, de Tolkien, fue uno de los libros sobre el que le pidió opinión. Quizás, imitándole, se evitaría el absurdo de esperar que el lector nos diga, no lo que le gusta personalmente a él, sino lo que cree que puede gustarle a otras personas, de una edad y de un grupo social completamente diferentes. ■

* Manuel Alfonseca es escritor.